

Santiago

Póngale freno a la lengua

3.1–12

«Hermanos míos, no os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación. Porque todos ofendemos muchas veces. Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo. He aquí nosotros ponemos freno en la boca de los caballos para que nos obedezcan, y dirigimos así todo su cuerpo. Mirad también las naves; aunque tan grandes, y llevadas de impetuosos vientos, son gobernadas con un muy pequeño timón por donde el que las gobierna quiere. Así también la lengua es un miembro pequeño, pero se jacta de grandes cosas. He aquí, ¡cuán grande bosque enciende un pequeño fuego! Y la lengua es un fuego, un mundo de maldad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno. Porque toda naturaleza de bestias, y de aves, y de serpientes, y de seres del mar, se doma y ha sido domada por la naturaleza humana; pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal. Con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios. De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así. ¿Acaso alguna fuente echa por una misma abertura agua dulce y amarga? Hermanos míos, ¿puede acaso la higuera producir aceitunas, o la vid higos? Así también ninguna fuente puede dar agua salada y dulce» (3.1–12).

Es sorprendente saber que los expertos en comunicación estiman que la persona promedio habla todos los días suficientes palabras como para llenar aproximadamente veinte páginas impresas. Es decir, suficientes palabras como para escribir dos libros de trescientas páginas en un mes, veinticuatro en un año y 1,200 volúmenes en cincuenta años de estar hablando. Obviamente, hablar constituye una parte

muy importante de nuestras vidas. Es una parte tan importante de la vida que la mayoría de las escuelas ofrecen cursos para ayudarnos a mejorar nuestra capacidad para hablar.

El habla es una parte tan importante de la vida que Santiago sabe que nuestra fe tiene que estar obrando en nuestra conversación diaria. Está tan preocupado por el tema que algunos le han llamado a su epístola un libro de texto sobre «El cultivo de la conversación cristiana». Casi el 20 por ciento de todos los versículos de la epístola trata con algún aspecto de nuestro hablar.

El texto de la lección que nos ocupa, Santiago 3.1–12, es el estudio más amplio en el Nuevo Testamento sobre la forma en la que hablamos. En este pasaje, Santiago apunta a la yugular, al corazón del problema, la lengua. El cristiano del siglo veintiuno tiene que admitir que, en este pasaje, el problema y el mensaje que corresponde no son cosa del pasado. Todos en un momento u otro luchamos con el problema de la lengua.

LA IMPORTANCIA DE LA LENGUA (3.1, 2)

Las primeras palabras que Santiago dice han causado que por años los predicadores y maestros pongan las barbas en remojo, pues dicen: «Hermanos míos, no os hagáis maestros muchos de vosotros...» (3.1a). Santiago hace una sorprendente declaración. De lo que se desprende de otros pasajes de las Escrituras (Hebreos 5.12; Efesios 4.11) no parece que Santiago tenga la intención de desalentar a los maestros. Lo que está diciendo es que la responsabilidad conlleva rendición de cuentas. Por eso desea que sepamos que los maestros recibirán un juicio más severo. Obviamente, la enseñanza debe ser considerada una profesión peligrosa para cualquier persona. El maestro cristiano es poseedor

de un valioso patrimonio. Sigue los pasos del rabino judío. Muchos buenos rabinos realizaron un excelente trabajo enseñándole al pueblo. Sin embargo, a menudo los rabinos fueron tratados con tan inmenso respeto que sus egos se hinchaban y eran destruidos. El respeto era tan grande que a los jóvenes judíos se les enseñaba a tratar a sus rabinos mejor que a sus padres. Por ejemplo, si un enemigo ponía sitio a la ciudad y ambos padres y el rabino eran capturados, el rabino sería rescatado de primero. Con tal clase de estima de parte del pueblo, no es difícil entender cómo un rabino podría terminar de la forma descrita por Jesús (Mateo 23.2–7). Ese mismo peligro todavía enfrenta a los maestros de hoy, especialmente los predicadores. Los jóvenes se precipitan a predicar por las razones equivocadas, esto es, la gloria, el prestigio, los elogios de los amigos y de la familia, y renuncian cuando se dan cuenta de la tensión, el trabajo y el dolor que implica. Los que logran permanecer, por las mismas razones a menudo se vuelven espiritualmente arrogantes como el rabino.

Los maestros y los predicadores no son los únicos que se ven tentados a pecar con la lengua. La lengua es muy difícil de controlar, es esencial que todos los cristianos vigilen constantemente la lengua. Cuando Santiago dice: «Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo» (3.2), está diciendo que en la lista de cosas que son difíciles de controlar, el control de la lengua es lo más difícil. Si usted puede controlar su lengua, puede controlar todo lo demás.

EL CONTROL DE LA LENGUA (3.3, 4)

Debido a la dificultad que conlleva, cada cristiano debe esforzarse constantemente por controlar la lengua. Tan solo vea las ilustraciones que usa Santiago—el freno en la boca de un caballo y el timón de un buque. El freno le permite al jinete controlar el caballo y el timón le permite al timonel controlar un gran barco. De acuerdo a Santiago, la lengua controla el cuerpo. En el versículo 5, dice: «Así también la lengua es un miembro pequeño, pero se jacta de grandes cosas...». Para que el timón controle la nave o el freno controle al caballo, se requiere una tensión constante. Así es con la lengua, tenemos que tener un control constante de la lengua, o esta dejará que el cuerpo se des controle.

De lo que se desprende de la ilustración de Santiago, podemos hacer otro comentario. No solamente son pequeños el freno, el timón y la lengua, sino que también tienen que superar fuerzas

contrarias. El freno tiene que superar la naturaleza salvaje del caballo y el timón tiene que luchar contra los vientos y las corrientes que desviarían la nave. De la misma manera, para que la lengua humana controle y guíe el cuerpo, tiene que superar fuerzas contrarias. Nuestra vieja naturaleza interna y el mundo de pecado que nos rodea nos confrontan a cada instante del camino. Necesitamos permitirle a Jesús controlar nuestras lenguas de la forma como el jinete controla el freno y el timonel controla el timón. Tenemos que permitirle al Señor de nuestra vida ser el Señor de nuestros labios. Necesitamos hacer eco de la oración del salmista que dice: «Pon guarda a mi boca, oh Jehová; guarda la puerta de mis labios» (Salmo 141.3).

LOS PELIGROS DE LA LENGUA (3.5–12)

Santiago ha hecho un fuerte llamado por el control de la lengua, porque conoce los peligros de una lengua sin control. Al informarnos de los peligros, enumera tres hechos alarmantes acerca de una lengua sin control.

En primer lugar, puede contaminar el cuerpo. Santiago dice:

Así también la lengua es un miembro pequeño, pero se jacta de grandes cosas. He aquí, ¡cuán grande bosque enciende un pequeño fuego! Y la lengua es un fuego, un mundo de maldad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno (3.5, 6).

Está diciendo que el daño que puede causar la lengua es similar a los daños causados por un incendio forestal. Este puede arder sin control y finalmente destruir posesiones valiosas lejos de donde comenzó. Lo mismo ocurre con la lengua. Una pequeña chispa de la lengua puede arder sin control y destruir vidas lejos de donde comenzó. No es de extrañar que Santiago diga que «ella misma es inflamada por el infierno». El diablo se deleita cuando nos destruimos los unos a los otros de esta manera.

En segundo lugar, la lengua es indomable. «Porque toda naturaleza de bestias, y de aves, y de serpientes, y de seres del mar, se doma y ha sido domada por la naturaleza humana; pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal» (3.7, 8): así fue como el Espíritu inspiró a Santiago decirlo. Obviamente, los humanos no son capaces de controlar sus propias lenguas. Para poder dominar ese mal salvaje e incontrolable, alguien o algo tiene que tomar el control. Al mismo tiempo

que la enorme nave es controlada por el timón, el timón es controlado por el timonel. Una vez más, tenemos que pedirle al Señor de nuestra vida que sea el Señor de nuestros labios. Él es el único con suficiente poder para controlar ese furioso fuego y aprovecharlo como fuente de energía.

En tercer lugar, Santiago dice que una lengua sin control actúa de manera incompatible con la fe del cristiano. La ilustración que utiliza es muy mordaz, pues dice: «¿Acaso alguna fuente echa por una misma abertura agua dulce y amarga?» (3.11). La respuesta a la pregunta de la ilustración es un rotundo «no». Para que sea un «sí», tendría que ser totalmente contrario a todo lo que conocemos. Santiago lleva la ilustración más allá, preguntando: «¿puede acaso la higuera producir aceitunas, o la vid higos?» (3.12). El punto que desea que los cristianos vean es que no hay nada más inconsecuente que un cristiano utilice su lengua para alabar a

Dios un domingo y luego dar la vuelta y maldecir a su vecino el resto de la semana. El cristiano que maldice, ofende o murmura, tiene un problema real (Proverbios 4.23, Mateo 15.18). La persona que sea conocida por tener una boca sucia, contar chistes vulgares, decir palabras crueles y estar al tanto del último chisme no figura en ninguna lista de cristianos notables. ¿Por qué? Porque incluso el mundo puede ver la inconsecuencia de tener una lengua descontrolada.

CONCLUSIÓN

El salmista ha dicho: «Atenderé a mis caminos, para no pecar con mi lengua; guardaré mi boca con freno» (Salmos 39.1). ¿Cómo dejamos que nuestra fe cause un impacto positivo en nuestras vidas? ¡Haciendo de Jesús el Señor de nuestras vidas! Para ello, nada puede ser más desafiante que permitirle a Él controlar lo que decimos.

EL LIBRO DE SANTIAGO APLICADO A LA VIDA

Dos ciencias importantes

Una vez un joven se le acercó al gran filósofo Sócrates para ser instruido en la oratoria. Tan pronto el joven se presentó no dejaba de hablar; lo que continuó por varios minutos. Cuando Sócrates pudo conseguir hablar, dijo: «Joven, tengo que cobrarte doble tarifa».

«Doble tarifa, ¿por qué?».

El viejo sabio respondió: «Tendré que enseñarte dos ciencias. Primero, cómo controlar la lengua y luego, cómo usarla».

Un hermano crítico

Cierto miembro de la iglesia, conocido por su actitud intransigente e impugnante se le dio el reto de diseñar un programa viable, en lugar de siempre estar encontrando fallas en las sugerencias de los demás. «No», respondió, «procedan ustedes con los planes y luego con mucho gusto les diré lo que está mal con ellos».

La palabra «perdida»

Perdí una muy pequeña palabra hace pocos días;

Era una palabra muy mala que no había querido decir.

Pero entonces, realmente no estaba perdida, pues de mis labios voló,

¡Mi hermano menor la recogió y ahora él la dice también!

La «Prueba cuádruple»

El Club Rotario Internacional tiene una «prueba cuádruple» que el cristiano haría bien en aplicar a su forma de hablar: 1) ¿Es la verdad? 2) ¿Es equitativo para todos los interesados? 3) ¿Crearás buena voluntad y mejores amistades? 4) ¿Será beneficioso para todos los interesados?

La situación de las palabras

Eugene Ionesco, en su obra contemporánea *La cantante calva* ofrece una crítica reveladora de la situación degradada de las palabras en nuestro mundo actual. Desde el inicio de la obra, se hace evidente que las palabras

han perdido su conexión con la realidad o la verdad. Los actores no esperan encontrar ningún significado en las palabras de cada quien, por lo tanto usan la lengua solamente para juegos verbales. El lenguaje se vuelve tan irrelevante y degradado que, poco antes de que la obra concluye, los actores han perdido por completo el poder del habla humana y están simplemente ladrando y cacareando.

Un hablar de moda

Hoy está de moda ser malhablado. Nuestra sociedad parece estar estudiando el hablar vulgar. Un estudio sobre la blasfemia realizado en la Universidad estatal de Wayne reveló que los estudiantes usaron una palabra subida de tono por cada catorce de ellas. Lo que es peor, un estudio similar reveló que el adulto promedio usó una palabra subida de tono por cada diez.

Karen Burton Mains
You Are What You Say
(Eres lo que dices)

Autor: Bill Hooten

©Copyright 1989, 2011, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados